

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montaña y García, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Jueves 7 de Diciembre.

El Eco de Cartagena

FRAGMENTOS HISTÓRICOS DE LA MARINA

I.

Intrépida cual otra alguna en los combates, diestra y experimentada en las maniobras; serena y denodada en las borrascas, ha sido en todos tiempos la bizarra marina española el más glorioso timbre de la nación. Surcando sus gallardos bajeles por todos los mares del uno y del otro continente, flameando sus numerosas banderas en todos los puertos conocidos del globo, y recibiendo con orgullo los explícitos testimonios del respeto y la consideración que le tributaban todas las potencias del orbe, había llegado hacia los fines del siglo XV a la cúspide más elevada del poderío y la grandeza. Recordabanse con asombro las inolitas proezas que la habían colmado de celebridad; veíanse recientes todavía, palpitantes, aun, los maravillosos efectos de su indomable arrojo, de su formidable pujanza, y nadie se atrevía entonces a incitarla impunemente, ni a poner en duda los valerosos hechos con que había sabido conquistarse una fama inmortal y un eterno renombre.

Una serie calamitosa de funestos y continuados reveses que tuvo que deplorar después, y que ni el valor ni la pericia pudieron contrarrestar; las grandes convulsiones sociales que vienen conmoviendo el universo desde los últimos años del pasado siglo; y finalmente, los disturbios y calamidades intestinas que por consecuencia de esos mismos sacudimientos hubieron de acaecerse en este infortunado país, condenaron a la inercia y abandono sus construcciones navales, artes tan fecundas; hicieron impracticables las carenas ó reparos que demanda con frecuencia la conservación de una armada numerosa, y fueron por último, un ominoso conjunto de causas que se eslabonaron en su daño

y la redujeron á una absoluta y deplorable nulidad.

Mas ni se procede de buena fé ni hay justicia y exactitud tampoco en las bruscas imputaciones con que la saña y la mordacidad odiosamente combinadas se esfuerzan en desacreditarla, afectando olvidar sus portentosos triunfos, sus imperecederas glorias. La heroica marina española embelleciendo con sus inimitables hechos casi todas las páginas de la historia, ha sido sin disputa el orgullo de su país y la envidia de los extraños. Y no se crea que para justificarlo, según cumple al designio que nos hemos propuesto en este artículo, vayamos á remontarnos, como han hecho con esterilidad otros entendidos escritores, á las oscuras y lejanas épocas en que las verdades de la historia se mezclan y confunden con las exageradas é inverosímiles creaciones de la fábula.

Si fueron, en efecto, los industriosos sidoneos ú otras de las diásporas razas que en los antiguos tiempos vinieron á poblar y establecerse en nuestras fértiles comarcas; si se domiciliaron ó no en la costa occidental de la Península varias poblaciones griegas, que enseñoreadas del Mediterráneo con sus numerosos bajeles, fueron extendiendo sus atrevidas escursiones á otros mares más distantes y hasta entonces desconocidos; y si durante las turbulentas dominaciones de los cartagineses y romanos se hicieron insignes proezas marítimas, y se vieron con sorpresa nuestros grandes adelantos náuticos, son cuestiones esas que deben reservarse á los críticos para que las ventilen y resuelvan, desplegando en la confirmación de ellas los vastos recursos de la erudición. Pero la marina española no necesita evocar unos timbres tan remotos para ocupar un lugar distinguido al lado de las que disfrutaban hoy de mayor prestigio y preponderancia.

Por tan pandonoso motivo no queremos detenernos tampoco en la reseña histórica de lo que influyó ó pudo influir en los destinos de la antigua marina española el funesto acontecimiento de la irrupción verificada

á principios del siglo V de la era católica por las numerosas hordas de bárbaros que abortaron las heladas regiones del Norte, y que con indómito valor vencieron y humillaron las enflaquecidas huestes del caduco imperio romano, haciéndose dueños de toda Europa. Este fué un período azaroso, una calamidad universal y una época esencialmente estéril para todos los ramos que constituyen el saber humano. La navegación entonces, como todas las artes y ciencias, hubo de quedar sepultada en el caos de las tinieblas, en el abismo de la ignorancia. Ni podía suceder de otro modo, porque necesitando el ramo de marina para su conservación y aumento de una esmerada protección del Estado, no podía recibirla de la raza dominadora, que no teniendo noción alguna del mecanismo de ella, ni de las luminosas teorías que persuaden su necesidad é importancia, miró con estúpido desden ese fecundo elemento de prosperidad y grandeza. Para complemento y resumen de tan ingratos precedentes, cuando había principiado ya la monarquía goda á consagrar sus cuidados á la creación y fomento de fuerzas navales para defender las costas de la Península, y cuando en el reinado de Wamba habían llegado aquellos á tal grado de esplendor, que lograron batir y humillar á los sarracenos destruyéndoles una escuadra que constaba nada menos que de 400 velas, ocurrió la impetuosa invasión y conquista de los mismos, que cambió de nuevo los destinos de la nación, sirviendo de romera á los nacientes progresos de su marina.

De referir es, no obstante, á fuer de narradores exactos é imparciales, que siendo mucho más ilustrados que los antiguos, los nuevos conquistadores, pudieron los conquistados aprovecharse de sus conocimientos para salir de la abyección en que estaban. Poseían, con efecto, los últimos invasores, nociones muy aventajadas en artes y ciencias, y algunos rudimentos náuticos, que transmitidos y propagados entre los vencidos, aunque de un modo lento y

pausado durante el trascurso de la edad media, contribuyeron eficazmente á dar impulso al poderío naval con que la España logró imponer después á todas las naciones del orbe. Las grandes expediciones marítimas que se hacían al Asia para la conquista de los Santos Lugares, de que traen origen las famosas guerras de las Cruzadas, en que tomaron parte todos pueblos cristianos de Europa, fueron también una serie de concausas y poderosos estímulos que dieron incremento á las construcciones nacionales, y al desarrollo portentoso que recibieron nuestros armamentos. El contacto en que necesariamente se pusieron por tal motivo las potencias marítimas, creó vínculos, despertó necesidades é inició relaciones que más tarde vinieron á estrecharse y á producir inmensos beneficios á la causa de la civilización y á los adelantos de la náutica.

Barcelona fué entonces una de las primeras provincias de España que obtuvieron una gran importancia por la buena organización y disciplina de su marina militar, y por el copioso número de embarcaciones mercantes con que inundaba el Mediterráneo y poblaba también los mares del Oriente, á donde iban á reunirse los guerreros de todas naciones. Ya desde principios del siglo XII disfrutaba Cataluña de una justa y bien merecida celebridad, así por la estension que recibieron sus transacciones mercantiles y el rápido aumento de sus formidables escuadras, como por la pericia y bravura de los marinos que las montaban; pero en el año 1225 llegaron á tanta altura, y fueron tantos sus progresos en el ramo, que logró reunir aquella poderosa armada de 122 velas, que zarpó de Rosas para Mahón, al mando de Alfonso III. Posteriormente, en 1374, levantaron los catalanes la primera carta geográfica plana que se ha conocido, y que forma parte de un atlas compuesto de seis mapas de 28 pulgadas de longitud y 18 de latitud, que contienen un hábil sistema cosmográfico y planetario, y la descripción geo-